

CAPITULO 19

LO QUE ACONTECERÁ EN LOS AÑOS VENIDEROS

Por último, después de haber escuchado las anteriores explicaciones, me condujeron al centro de la ciudad donde estaba ubicado el Gran Edificio Central.

En sus costados externos sobresalían los diferentes compartimientos donde los guías sociales siguen la historia de cada uno de los habitantes.

Todas las personas, llegadas a los 30 años de edad, ejercen por un año funciones gubernamentales. Por ello no hay elecciones.

Por último, me llevaron al templo de todas las religiones. Allí no había imágenes ni se practicaban ritos de ninguna especie. Sólo un silencio absoluto nos acompañaba. Desde la altura piramidal fluía un río de sabiduría que se irradiaba en manantiales de conocimientos.

Me bañaban las aguas cantarinas de la paz. Mi alma percibía el silencioso sonido cósmico compuesto por múltiples frecuencias mentales.

Escuché el canto de los astros y aprecié la armonía del espectáculo celeste. Mi felicidad espiritual no tenía límites y quise permanecer en ese éxtasis glorioso.

No pude... De súbito, tuve una visión terrorífica. Apareció ante mí la imagen de mi querida Tierra.

Vi un planeta negro que se acercaba hacia ella. Estaba cargado de demonios pertenecientes al primer plano evolutivo —el más escabroso—. La edad del deseo, la sangre y el crimen envolvían al planeta en ráfagas de terror y odio. La voluptuosidad lanzaba fuegos oblicuos que cegaban a los hombres.

El egoísmo había tomado un cuerpo infernal y danzaba al macabro ritual de la opresión en un escenario de superstición, bajos instintos, violencia, corrupción, sangre y muerte.

La herrumbre de los vicios precipitaba a los hombres hacia los oscuros abismos del dolor. Vi muy claramente lo que iba a ocurrir en los años venideros. En realidad yo me encontraba en el futuro.

En la Tierra se gestaban los problemas socio-económicos más alarmantes de toda la historia. La humanidad estallaba en grotescas olas de violencia y lujuria.



Las ciudades crecían como cánceres que carcomían el cuerpo de La Naturaleza. Había mucho dinero y construcciones por doquier y a ello los hombres en su ignorancia lo llamaban progreso. Pero el humo y la contaminación de todo tipo ya eran intolerables para la vida.

Licor, orgías, derroche, hambre, dolor, lujo y necesidad cabalgaban, como monstruos sobre los hombres, en dirección al abismo. Largas culebras de vehículos se extendían por todas las congestionadas vías, avanzando poco y contaminando mucho.



A la gente se le hacía cada vez más difícil llegar a sus hogares, y perdían en el transporte la mayor parte del día. La economía mundial estaba fundamentada en el dinero plástico —no real—, y pronto se desinflaría.

La explosión demográfica era alarmante. Los robos, atracos y violaciones se sucedían cada minuto. La voluptuosidad hacía piruetas que desconcertaban a los incautos.

Enfermedades incurables y contagiosas aparecieron sin explicación científica, zonas de tugurios comenzaron a envolver las ciudades y el desempleo se hizo crítico.

En varios puntos terrestres se rompía la capa de ozono dejando pasar rayos mortales para la vida en la Tierra. Este "rompimiento" fue causado principalmente por los aerosoles y los aviones a reacción.

Los gobiernos no detuvieron las emisiones contaminantes hasta que el cáncer, debido a la radiación, aumentó en un ciento por ciento.

En todos los países comenzó el abandono de los campos y el hacinamiento en las ciudades. El desempleo fue mayor cuando debido a la inflación, los obreros demandaron a los patrones por más y más salarios. Muchas fábricas fueron incendiadas y cerradas definitivamente.

Por el derrumbe económico se desataron con furia el terrorismo, los secuestros y los asesinatos. Los ricos comenzaron a tener la vida más insegura que los mismos pobres, pues eran el plato predilecto de hambrientos secuestradores que luego los mataban.

Yo percibía esas cosas como si me encontrara en la macabra antesala de la muerte. En ese tiempo los mejores gobernantes eran los que promulgaban leyes que pudieran ser fácilmente

evadidas; sabían que a los hombres se les gobierna mejor alimentando sus vicios que opacan sus virtudes.

Así las mafias se apoderaron de los cargos públicos. Buenos abogados eran los que estaban dispuestos a defender a los adinerados que no tenían la razón. Los más jugosos negocios eran la religión y los vicios.

Debido a la tala de bosques, la sequía comenzó a calcinar severamente a los hombres. El tiempo estaba loco, inundaciones aquí, sequías allá. En cambio los casquetes polares, debido a la quema de hidrocarburos, comenzaron el deshielo inundando todas las ciudades costeras.

Todos los países estaban en pugna. Los políticos —embajadores en el arte de mentir—, se envolvían en el impuro ropaje de la adulación y habían preparado el terreno para la gran guerra atómica.

Por último, contemplé el derrumbe total de esta mal llamada civilización: Secuestros por lo alto y por lo bajo. Asesinatos en cada esquina. Atentados terroristas, corrupción gubernamental y religiosa en alto grado. Abandono de los campos.

Las superpotencias se tomaron por la fuerza a los pequeños países productores de petróleo y lanzaron bombas atómicas. Los que no murieron en el acto quedaron irradiados y la piel se les fue cayendo lentamente en horribles suplicios.

Por la contaminación del aire, agua y tierra, y por la escasez de alimentos, muchos hombres regresaron al canibalismo. Inviernos crudos, tempestades repentinas y exageradas olas

de calor mataron a muchos y dañaron todas las siembras, accidentes aéreos comenzaron a suceder sin explicación.

Los hombres, en desbandada, no sabían qué hacer y, presos de mortal angustia, comenzaron a matarse unos a otros. Los niños rodaban por las calles.... La voz desnuda de la vida lanzó su último grito de terror cuando....

¡En el reloj monstruoso de los siglos, el destino, con su enorme puntero, marcó la hora negra para todos!

Los niños vivían en los basureros





Los periodistas ganaban premios publicando fotos como éstas.

— ¡No! No quiero ver más. ¡El futuro es mi verdugo!

Les dije, a mis acompañantes, y agregué: —Cuando veo las cosas que ocurrirán en la Tierra, en mis ojos se clavan dos puñales. Por favor, ayúdenme. Quiero regresar a mi mundo para avisarles a mis hermanos que todo esto va a ocurrir.

—Sí —me respondió Kosmos—. Tu visión será una realidad. Pero la preocupación por el mañana sólo sirve para minar las

fuerzas del presente. En la escuela del sufrimiento es donde se forman los grandes corazones.

—En consecuencia, debes seguir mirando ese futuro terrestre para que observes el aspecto positivo del problema.

Eso hice, y vi, una "Ecociudadela del futuro", ya iniciada en la Tierra, y otra... ieran varias!

Habían sido planeadas, lejos de las ciudades contaminadas, por un grupo de hermanos que trabajaban afanosamente, por la salvación del mundo.

Eran pacíficos y sus auras irradiaban solo amor. Todos hablaban un solo idioma. Estaban acompañados y protegidos por seres de un grado diferente. Yo me alegré y le pregunté a Kosmos:

— ***¿En verdad eso ocurrirá?***

—*Sí, te lo aseguro, debes regresar de inmediato al pasado y entregarle a tus hermanos los planos de la ciudad del futuro. Construirán en*



la Tierra una ciudad de éstas y luego otra y otra. Así se cumplirá la profecía: "Los mansos poseerán la Tierra".

—Suprimirán el dinero y vivirán en paz con La Naturaleza. Es la única forma de salir de ese imperio del terror. A los ambiciosos es bueno hacerles comprender que en un mundo feo y desdichado, el hombre más rico puede comprar nada más que fealdad y desdicha.

—El hombre fue engendrado para mutua ayuda y, el que es bueno no más que para sí, no es bueno para nada. Quien no vive para servir, no sirve para vivir.

—Y recuerda: Lo que no es bueno para el panal, no es bueno para la abeja.

—Amigo terrestre. Cambiaremos el curso de ese futuro caótico. Hemos nacido para unirnos con nuestros semejantes y vivir en comunidad con toda la raza humana. Nos queda poco tiempo. La humanidad actual está al borde de la hecatombe final y las naciones, angustiadas, arden en desespero no conociendo la salida.

—No te desanimes porque el mundo está sucio. ¡Esfuézate por limpiarlo! Anda y cuéntales a tus hermanos lo que has visto. Resiste a los soberbios y concede tu don a los humildes. Porque el más ínfimo mendigo es tan hombre como un rey.

—Reunirás un gran grupo que se llamará: Hermanos del Mundo Unido; y el que se una a ellos será uno de los elegidos para la liberación final. Desconocerán los caminos de la audacia y vivirán escoltados de nobles ideales.

—Al suavizar las penas de los demás aliviarán las propias. Harán primero lo necesario y después lo voluntario. Construirán la ciudad perfecta lejos de las ciudades actuales.

—Aquellos que entiendan tu llamado serán los escogidos y ciertamente verán, desde la ciudad del futuro, el derrumbe de esa sociedad incomprensible que no atendió las señales de los tiempos del fin.